

PERDER EL PARAÍSO



COLECCIÓN LITERATURA
Serie Novela • Julieta Campos

Luis A. Chávez Fócil

PERDER
EL PARAÍSO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020

Primera edición: 2020

© 2020, Luis A. Chávez Fócil

D. R. © 2020, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos correspondientes.

ISBN:978-607-8735-05-1

Impreso en México - *Printed in Mexico*

En una estancia abierta entre los juncos verdes
y su maraña tejida, si con fe se observa,
hay una sirvienta negra tallándole la espalda
a una blanca niña de amor. Esto ocurre siempre.
Pero no deseamos ver. Ahí están,
en esa tina de agua y pompas de jabón,
lo que no son esas personas sino el que mira y,
sobre todo sabe, que su Paraíso
por su inocencia, se lo arrebataron.



Y los miro relucir su dentadura blanca, como fila de recio marfil por causa del benigno clima —dijo Lucita, una prenda.

Rodeada de oro y tul que a las colgantes esquinas a su alrededor masticaban en atento oído las delicias de almíbar extranjero o las frutas como de seda y chiflón de lejanísimas patrias en la churrigueresca mesa de sus padres, era como una elipsis letal en donde el tiempo masculó otros dientes, completos a la porcelana bucal de sus abuelos.

Estos les habían dicho a duras penas de la sal y azúcar y Lucita se hacía la cera perdida tomando acaso otro muslo o mordisqueando peras.

A los postres, el humo de raído tabaco dulzón sobrevenía en amor de una bendita calma en donde afuera, como una flama del cielo, no le importaba a nadie y los sirvientes, acorazados al candor de tanto espacio, solo obtenían de ese modo una libertad a secas porque de volver a las haciendas antiguas, a los villorrios matados, sería una podredumbre como azufre o ver cómo los hijos fallecían por la estática pegada a sus estómagos, vacíos como alambre ajado.

Así pasaban las tardes, en familia apretujada al sublime canto azul de ternura dolida, amarga por naturaleza, llena de brocados finos y manteles largos, pero de exactas medidas que, otra vez la servidumbre, cosía a punta de pinchazos y lavadas sangres.

De estos existentes grupos se escucha hablar apenas en la calle, nunca en la incipiente radio entonces y menos en la televisión o el cine del futuro, jamás en los periódicos siquiera.

Pero existen, son de lo más auténtico porque el aroma de una casa de estas se percibe apenas la persona irrumpe y, temeroso,

entra con el corazón en las rodillas. Visitas extrañas claro está, pero necesarias cuando algún impedimento evoca a la familia a recibir trabajos de contabilidad o suaves leyes de premura por este o aquel sencillo trámite.

Los sombreros de hongo cuelgan de lo más callado, o se sostienen en manos lívidas de cuyas venas rosadas dan palpable muestra de tensión, llevada a fuerza de hablar estupideces y para darle a la formalidad su derrotero.

La familia escucha, viene la esperada firma en el papel, la liberada orden, el acatamiento de la sugerencia para, a los pocos minutos, después de rechazar un té, vuelva la animosidad como de muertos a procurar en la mansión remedo del hogar que, tampoco, jamás fue bueno o mejor de lo que se esperaba.

Necesariamente alguien sabrá de estas paredes grises, de la abierta cal en los cimientos hechos a base de tesón, ya que hace muchos años alguno de esta línea costeó los trueques de infalibles viajes donde se violó a criaturas, se quemó a personas y se destrozaron ídolos de barro para extraer tesoros inimaginables, ricas plumas de ave y aposentar, allá, una palabra de fe, decida, buena, pero en su comienzo de comando al diablo.

Esos ancestros son los que resisten, los que de vez en cuando al tiempo de plata y silencio en los jardines, ven escasamente pasar en apresurada marcha hacia la pared maciza (o en todo caso perciben) el perfumado encanto de una cabellera de alguien sentada en la banqueta de mármol mirando al lago artificial mientras algún reptil procura a sus entrañas otro débil.

Jamás en estas casas se escucha un movimiento musical, algún compás o acorde; nunca hay niños como cola de viento, tampoco se pueden definir más allá de seis colores, es decir, el rojo, el naranja, el amarillo, son impredecibles, nulos.

Así vivía Lucita, la más pequeña de la dinastía en fervor, acumulada en sus uñas de lustre, en sus milagros de bucles más negros que un ruiseñor ciego.

A su servicio estaban dos gélidas criaturas, seres repetidos en sí, sin eco alguno. Una, de piel oscura; la otra, infeliz que entendió su suerte gracias a diez latigazos hacía cincuenta años cuando era jovencita y pensó de sutil manera que el mundo o estar en él era cuestión de abrazos. Se llamaba Crista y su piel superaba, según la escasa luz de los abiertos vitrales, al mejor Carrara oscuro entendiéndose cómo sus fluidos azules llevaban pesadosa marcha a sus adentros, y no más estupor para aceptar los hechos.

De la rutina preciada, cada quien conocía de la atención a sus bigotes, a sus períodos mensuales que las hacía vestir de negro. La diversión era leer el periódico, mostrar en el jardín de vez en cuando una soberbia paz que aniquilaba decires de malestar entre ellos mismos porque la gente, afuera, jamás tampoco pudo enterarse de mayor cosa debido al muro alto de hormigón obtuso.

A Lucita se le permitió una tarde llegar hasta la biblioteca donde los ejemplares se medían por bloques. Contrario a la idea de que por entrar ella se volvería espécimen raro, sencillamente tomó, puede apuntarse, el libro que sellaría su suerte.

Remedios de botánica ancestral fue a su paso lo que consiguió por absoluta inercia.

Páginas de inviolables zumos, secretos herméticos de plantas furiosas, algodoncillos vegetales peor que agujones y savias perennes viejas al igual que este planeta, le hicieron socavar en su recámara más horas a la noche.

Alumbró amoratadas páginas de rancio olor, supo de cautas porciones, del mirabel español o cómo una mandrágora de bifurcada raíz se parece a un cuerpo humano.

De todas ellas, iluminó una palabra: Letal.

Paseaba con su libro bajo de la axila por la casa, entraba a orinar con el libro y se dormía con él pensando en la siguiente mañana de lectura, rendida a las más gruesas velas que sus dos nanas conseguían.

Hay que decir que, al paso de los años, unos diez siquiera, Lucita era experta joven cuyo caldero mental hervía pociones y extractos.

Ocupó su tiempo en dosificar hierbajos de poder total; era cuestión de probar ínfimas dosis —ella después— para conocer que la voluta de humo que en cantidad razonable había aspirado una de sus damas, la mató enseguida y eso, le confió mejor andar con tiento.

La naturaleza, despiadada madre, tiene de padre una ausencia.

No conoce más que su reinado de desquicio y, su control, es aparente en balance, equilibrio a colmillos, pieles desgarradas donde un escarabajo muere por sus cuatro puntos y eso es todo; ahí no hay misericordia.

Y a Lucita le pasó lo mismo que a la naturaleza.

Sus ojos casi se volvieron verdes y sus dientes regresaron a un amarillo tierra como el granito de mostaza en apariencia amable.

Crista, su sirvienta, veía con complacencia cómo se adjuntaba a su ama gran sabiduría gracias a las porciones dominadas donde morían los gatos, sacrificaban los perros y las jaulas de aves en los corredores poco a poco fueron solo fierros más delgados que el aire.

También, una pecera enorme supo de la aniquilación a base de gota de jugo de cierta liliácea prevenida que debe manejarse con extremos.

Aquella, entonces, fue cena considerada la última, por sus frutos de rendición, obtenidos al celo más encumbrado de una niña que pasó buena parte de su vida entregada a pavoroso libro.

Cayeron a la primera sopa de exquisito trance odorífero e hilos febles de lo que confundieron con azafrán o ruibarbo y, aunque de pecíolos comestibles, se usa también para purgantes.

Los síntomas, aunados a miserable gota de africano zumo, fueron electrizantes y crispados. La sopa de la madre de Lucita no era de esas e, intacta, se remitió a las patatas y trozos de tocino que hacían delicioso líquido, algunos gramos espesos, que con diligencia la tranquila anciana miope terminó en minutos.

Al solicitar el plato principal y no haber ni siquiera más sirvientes para poder servirlo ya que todo alrededor era la muerte, espuma en boca y ojos, Lucita fue gentil con Crista a la cocina para traer el carnero. Asado de primera línea en postrer agobio a temperaturas reguladas en el horno donde crujieron almendras y, las alcaparras daban al estofado con las pasas platillo digno de celebración.

Los comensales, caídos como tempestad silente, tenían sus manos en el rostro o este en el interior del fulminante plato que, como recipiente frío, era una imagen borrosa para la ancianita débil que no supo distinguir la confusión del suceso. Y continuó, bocado tras bocado a su pedimento para que partieran con cuchillo y tenedor más del carnero.

No hubo postre, Lucita se levantó para asestarle a su mamá, por la espalda, espantoso mazazo con el figurín de bronce que imitaba la pose del «Pensador» de Rodin, una de las piezas para «La puerta del infierno», obra por cierto inacabada.

Solo quedó para la historia un «oh» más frágil que caída de lamentaciones en el vientre a nueve meses lleno de vida de cualquier mujer y, en la cara de Crista una porción de sangre y sesos.

Lucita le pagó a su nana doscientas monedas de plata; la mujer envolvió el tesoro en un pedazo de seda, bajó por sus cosas y, sin despedirse, dejó atrás seis décadas de vivir como pez al que le abren el acuario y, en mar abierto, se queda por un instante impedido a degustar el azúcar del aire en las agallas hasta que por fin decide ir a la muerte que no conoce, no prolongarse en la vida al desgarrar de la que no supo definir ni por asomo.

La asesina volvió a la mesa que ahora, abigarrada de calor extraño, impelía a ciertas moscas a revolotear en las alturas para posarse a toda probóscide y saber que ahí había fenomenal festín conforme a la rancia situación de aviso orgánico.

Cuerpos rígidos, de un gris rojizo que en ciertas partes se tornaba azul mientras la piel de las víctimas se sobrecogía en arrugas de estupor malsano.

Hay que advertir que no pocas veces sino muchas, se nace con el numen de cierta inquisición contraria, el triste humo de aquella fraternidad oscura que agota cualquier sentimiento para devenir en la persona común, esas que pasan su vida lejos del diferente cañamazo inverosímil y, cobardes, no atentan ni con el pensamiento contra su propia familia.

Son, las otras, de inaudito poder, llevados a una luz a grietas.

Y Lucita era de esas, informales seres, criaturas por racimos en apariencia apagados que se detectan en cueva bocabajo de donde penden, lejos, los símbolos más puros de alguna religión y, asoladas las costumbres por vampiros, por desgastados entes de la noche, vengan a nuestro plano de cordura a solventar sus muertes de lo más creída.

Uno se queda entonces boquiabierto, sosteniendo con mínimo rigor las hojas de los diarios donde se dice del monstruo que tenemos cerca.

Pero el caso de Lucita era uno más, lo que hace del asunto comprendido espacio. Tomó a su madre de manera ruda y la llevó a la cocina. Allí la desnudó de ropas y con cuchillo (recordaba que, con él, al jugar de niña se hizo profunda herida en la derecha) inició a cortar trozos que aderezó con pimienta, clavo y laurel.

Le puso suficiente sal, llenó de agua un perol, dio abundante paso a la lumbre y esperó minutos. Degustó aquel caldo.

Aguardó tantito más. Cerró las flamas.

Y, al siguiente día.

En la cabecera de la mesa, se encontraba lista para dar inicio a lo que siempre quiso.

De pronto, escuchó que la puerta principal se abría, ¿quién importunaba así con llave que ella no recordaba haber dado?

Crista apareció con su maleta gris.

Llovía poco afuera, la temperatura había bajado unos grados.

Lucita sonrió de medio rostro, no dijo nada.

Su nana avanzó hasta quedar al lado de ella. Puso la maleta en el suelo, vio alrededor y se dio cuenta de que todo estaba igual, que

solo las moscas procuraban al momento un arrabal de marcha. Y cuando adivinó lo que ocurría, sonrió y, quedamente, habló.

—Fantástico.

—Sírvete, tenemos más.

Fue todo lo que dijo su ama.





La mañana siguiente presentó sus credenciales como nunca, pintando los alrededores al pastel y, al estirado mohín de Lucita a media cama, lo iluminó dorado rayo de adormilado color.

—Luces como siempre, como duda hermosa —dijo Crista.

Y Lucita, en camisón blanco, bajó descalza y criminal a la antesala, para acostarse en un diván antiguo y contemplar que de la escena anterior no había quedado nada.

Ni siquiera un nudo fue capaz de experimento en ella, que con su blanca mano de donde se extendían maravillosamente dedos tenues como sostenidos por alfileres al mundo, señaló al jardín y Crista, que había bajado también como felino, le adivinó el pensamiento.

—Trabajé toda la madrugada, niña mía; descansan en imaginada paz.

Por toda respuesta, la muchacha dijo.

—Voy a bañarme.

Al pelo ensortijado de la nana multicolor pendón de trapo le sostenía su chongo y, abiertas al extremo ambas piernas, atrás de la bañera de madera echaba el agua tibia sobre la espalda de mármol, esa creciente e indomable luna ausente de las batallas lentas en donde el hombre mide su excelencia para dejar su nombre, para saberse el dueño al que le reconocen el estilo y, a su ausencia, le llamen con necesidad, con hambre, a renovada guerra donde la muerte tiene características de sueño y cielo.

—No has conocido varón —dijo la nana—, no sabes cómo cambia tu rostro y te lleva hundida a páramos de frutas no lamidas, a leves pasos de algodón donde se duelen tus dedos al acariciarlo, en ese límite en donde no eres tú.

—Cállate —dijo Lucita, echándole con sus manos agua jabonosa al rostro.

Al levantarse para recibir la toalla larga, un divertimento de luz entró por la ventana y se ensortijó en su pubis de magnificencia.

La nana le abrió con los dedos índice y pulgar de su derecha los labios mayores, blancos y rosados como ángel tímido.

—Tienes aquí tanto dolor caído —dijo.

Y Lucita salió de la bañera, llorando, a su recámara.

Leves toquidos, después, le comunicaron de la diligente que en bandeja llevaba el desayuno, huevos en almíbar y carne seca de buey, guisos indianos que a la nana le había enseñado a elaborar su madre.

El aroma de té maravilloso de hojas silvestres inundó la estancia y de la tacita en rutilante plata surgió otra cordial voluta de humo.

Lucita, con ambas manos sosteniendo la taza, tomó poco. De pronto, hizo una pregunta a Crista, sentada casi al pie, mirándola con aprobación y sin disgusto.

—Y tú — dijo sin voltearla a ver—, ¿has conocido hombre?

—A dos mambises en mi vida larga. Hubo un yoruba con parte de mi sangre que sólo supo andar a desnudeces y juegos.

—Cuéntame.

Para la tarde las dos mujeres compartían, en medio de azahares y albahaca —armadas de agujas y dedales— una componenda de manteles.

Sus risas se escuchaban como noble sopor donde se puede radicar a gusto y, entre las sombras de los cortinajes, se elevan finos polvos sobre los rayos de luz que ascienden en su maravilla de quietud y paz.

La mano de bronce a la puerta sonó tres veces.

Y Lucita y su nana se quedaron tiesas.

Nadie osaba en esa tierra de candor y bruma, en esa herencia ancestral y de dominio puro, llegar a importunar así de pronto. De modo que toquidos —fuera del aleteo de una gansa en brama— eran para las dos mujeres un portento.

—Asómate —dijo Lucita al momento en que sin sentir pinchó su dedo y al delicado brocal de sus deberes caía gruesa gota de carmín de entraña.

Crista dejó el tejido e indolente, colocó las dos largas agujas sobre la mesa. Acudió a la puerta sin arreglarse, como ya es costumbre, el pelo en esas circunstancias clásicas donde se recibe al que no se ansía.

—¿Quién es? —dijo al abrir con seca voz distante a un cerro.

—¿Está Lucita, su ama? Dígale que vengo de visita.

Más tarde, sentados frente a frente, Lucita tomaba el té en la sala con el general Francisco, pretendiente de años.

En ocasiones los viejos en la familia tienden lazos con los que, al pasar el tiempo, al diluirse los nexos, o la muerte llega para terminar con ellos, un remedo mental de aquellas voces (en este caso las botas negras altas del general Francisco) es la presencia fugada y se resiste a desaparecer y, ese alfiler al papel, es todo lo que existe en casa. Es referencia vaga, un deambular de vez en cuando si en la plástica alguno alude en su memoria la tangente, cierta clave, y el parentesco, la idea viene revuelta y sucia a tratar de esclarecer, por un minuto, quién es. El general era de esos.

Crista, al disponer del servicio, quedó detrás de cortinajes gruesos, aludida al momentáneo trono del retirado militar que, según él, había servido a la patria.

—Cangrejo —pensó por todo asunto la sirvienta.

—Y diga usted, Lucita... Lucita de primor y maravilla, Lucita siempre viva, candela del oriente y de mis ojos, ¿a qué su soledad?

Lucita quiso en ese instante veneno.

—¿Cuál soledad, general?, yo miro pavos reales, gansos, perros. Veo brillar las vacas y becerros, veo bueyes, aves de migración en mi ventana, golondrinas dispuestas y certeras...

—Caramba, premura, ¿tanto tienes?

—Sí.

—Yo me refiero a un hombre, ángel tibio. Hablo de que necesitas a quien vea por ti.

Y el general, atufándose el bigote blanco y amplio, se sirvió más té sin ofrecerle a Lucita.

A carantoñas desacomodadas, Crista atrás del cortinaje, velada y decisiva importunó a la pareja.

—Lucita, se hace tarde para tu deber de misa.

El general Francisco, sin voltear hacia la voz, indagó a la premura de su cielo con interrogación delicadísima, como queriendo ser primero en varonía y servicio.

—¿Vas a misa entonces, querer?

—Sí, general, voy a cagarme en los santos.

Lucita le permitió al general tres veces más visitarla. Por la aproximación de su cumpleaños, en donde el militar llegó cargado de regalos; otro motivo, el destete de un becerro de registro y, la tercera y última, lo invitó a cenar para matarlo.

—¿Qué te parece, mi nube?, ¿qué te parece? —dijo Francisco al extender en el aniversario de Lucita una manzana de oro, de veinticuatro quilates.

—Es lo que pesas, mujer, para mis ojos dormidos.

—Gracias —fue todo lo que dijo ella y lo invitó, para el siguiente mes, motivo los becerros y esas cosas donde se contrataba, por temporadas cortas, a peones y caporales que no tenían por qué ver hacia la casa y la sirvienta era la que se encargaba del asunto.

—Es de... veinticuatro —ratificó el general como aludiendo a la magnificencia del obsequio.

—Lo sé, Francisco, mi abuelo tenía minas, no sé si lo recuerde usted. El oro es el perdigón del mundo... nada en comparación a un clavel, a un frágil ramo de nardos.

Por la tarde, sentadas hacia el fresco natural del amplio porche, las dos mujeres, hendidas por el silencio del paraje, parecían estáticas, respirando apenas, en la ensoñación del más lánguido vacío y, transparentes ellas, dóciles como la derretida cera que a la flama escapa, mecían su letargo anonadado con las escasas vértebras que para estos casos se dispone al pie.

—No hay luna —dijo Crista.

—No es deber —le respondió Lucita.

Miríada de luciérnagas, como anémonas del aire en el flotante verde puntiagudo de su rumbo, cruzó a la distancia entre los árboles, tejiendo la maravilla cordial de la esmeralda hecha astillas.

—Mañana investigas al general en el pueblo.

—Te adelanto un poco —dijo Crista—, he hablado con los peones y uno de ellos, más sosegado que todos, dijo que al general le agradan mucho los varones.

Después, la noche larga durmió su mediodía de gritos, de rumores débiles en códigos y cifras voluntarias, de cruzados aleteos alerta o de llamadas secas por auxilio; lenguajes vagos en la tertulia de hojarascas para cohabitar con los congéneres cuyas especies, siempre en vilo, describen desde hace siglos la tesis de la oscuridad, suave y pesada, en ocasiones mortal.

Había que ver cómo la luz golpeaba el camisón de Lucita, cómo se empecinaba un rayo dulce a perturbarle el rostro. Y ella espantándolo como si se tratara de mosquitos.

A la distancia podía percibirse el tan cordial aroma femenino, la exhibición de las piernas en tijera asomando al mundo su imperio.

Crista apareció con la bandeja del desayuno.

—Escucha, ¿te conté de aquella vieja que vendía su cuerpo en abonos?, era la única que, de pedírselas, daba facturas.

Por toda respuesta, Lucita cogió una rebanada de pan, se sentó en la cama y rió de buena manera.

—Oye su historia. Decía que se llamaba Magnífica, había llegado de algún lugar de la costa: era joven, alta, bonita, de ojos inmaculados y verdes. Siempre fue sectaria, arribó como tal y así murió, no conocía otro norte.

—O le fascinaba el rumbo —dijo Lucita tomando del vaso con jugo de naranja.

—El tiempo lo borra todo, pero si fuiste puta, se tarda poquito más. Magnífica vivió bastantes años y como no sabía ni quería

hacer otra cosa, comenzó a venderse en abonos. La muchachada llegaba, le daban medio real y le pagaban el resto después; también daba especie de falsa factura donde exhibía «gastos de movimiento» o pastura, instrumentos de labor, conchas de coco. Uno de sus amantes, Chilo, de la aceitera local, le prestaba el sello.

—¿Y llegó la tal Magnífica a hacer oro?

—Pocas como ella lo hacen. Lo supe porque la fuimos a sepultar cuatro personas; había dejado pagado su ataúd, de cedro y caoba; era buena mujer, a pesar de todo, y los buenos siempre van a lo último. Vine a decirte que citaste al general hace un mes, y ya es mañana; vamos, voy a bañarte.

En la bañera, Lucita no dejaba de murmurar «Magnífica, Magnífica...».

—Deja de repetir su nombre —dijo Crista—, eres hermosa y cuando la belleza es mucha, hay peligro de que sea real.

—Nana, tengo que olvidarlo. ¿Cuánto falta para mañana?, no quiero ver al general.

—Uno a veces no cuenta, cuenta el mundo.

El resto del día Lucita lo pasó entre nubes. Iba despacio de un lugar a otro con su vestido blanco de olanes triangulares de brocados rosa, caídos sobre su vientre como sangres laxas. Estaba molesta.

Un pájaro amarillo se posó en el macetero cerca de ella y, piando en busca de amor, dio dos brinquitos nerviosos.

—Maldito seas —dijo Lucita, y el pajarillo rasante voló de inmediato para ser atrapado por un gato.

—Delicioso carnero —dijo el general al siguiente día sentado a la adornada mesa.

—Ahora llega el postre, flan de coco —dijo en el otro extremo Lucita— y si le sabe extraño, se debe a la receta nueva de mi nana, que me imagino lo habrá hecho para morir de plenitud.

Por toda respuesta el general se limpió el bigote con la servilleta tejida a mano y cambió la diminuta cuchara por una grande

para dar gruesos bocados al postre y terminarlo enseguida. Él iba a otra cosa.

—Cielo de vida —inició—, ¿has considerado darme, pues, tu mano?

—No, general.

—Azul intenso, ¿por qué?

—Porque usted se va a morir.

—¡Vamos con eso!, tales aparatos pertenecen al poder de un más allá y...

El general no dijo más. Cayó redondo, rebotado, con la cara al plato embadurnándose la frente con los pocos restos del flan.

—Levántalo —dijo Lucita a la nana—, a este lo haremos envuelto en hojas de aroma.

—Si te vieran de feliz —dijo Crista.

—Nana, a veces me tengo sin cuidado.





En esos pueblos de imaginación que años después alguno saca a relucir como si fuera un héroe, solo se dan las ventoleras a destajo, y salir de casa al desparpajo del viento, es enredarse en los ojos un calor del diablo.

Fue en esa época cuando a la casa de Lucita llegó un enviado de la policía que, acomodándose el sombrero para no volar tras él, tocó con una mano mientras la otra aprisionaba al pecho angustia y documentos con sellos. Era nada más un citatorio debido a que el general había sido visto por última vez en esa casa y, de parte del comandante de la plaza, se le ruega, de la manera más cordial, pase a nuestras oficinas para detallar momentos.

—Dígale a su comandante que si tiene madre la vaya a mortificar a ella, a mí no.

Y la puerta dio de lleno en los espejuelos del enviado, rompiéndole un cristal redondo.

A la tarde siguiente, apresurado entre su mar de tinta y de papeles, el comandante no tuvo más remedio y fue.

Tocó a la puerta con la sabiduría que dan los trances antiguos, al conocerse que tal o cuál familia, son las raíces de un pueblo, las merecedoras de lo antiguo, del bronce noble que, si emigran, franco es su deber, pero sus mamás dejaron las placentas en el patio.

—Es usted —dijo Crista al entreabrir la puerta—. ¿Qué quiere? Lucita dijo ayer a su enviado que no puede ir.

—Debe, señora.

—¿Y si no es su cuadro?

—Véame aquí, mar de atención; escuche, quiero que le conste que solo vengo a dialogar con ella, es importante, convénzala.

Al rato Lucita tomaba el té con el comandante.

—Hermosa casa— dijo él.

—¿Supo que los mosaicos fueron tallados con sangre de sirvientes esclavos?, mire a una: la que nos sirvió el té.

—Somos como una esencia de alas, pertenecemos a la viva historia que a medida que envejece se añora más.

—Yo no. Le escucho, ¿a qué vino?

—Lucita. El general Francisco... sabemos que usted fue una de las últimas personas que lo vio con vida.

—A veces la memoria de un muerto es más sobrada.

—¿Es cierto entonces que él estuvo en su casa?

—Estuvo, si eso le vale un apunte. Estuvo y... compartió conmigo.

—¿Notó usted algo raro en él?

—Dios es el único raro, comandante; el general Francisco era aleatorio y primitivo, eso era todo su agobio.

Crista interrumpió molesta, fingiendo un ataque de tos para llevarse el servicio. El comandante la miró como cuando un tren pasa de largo y no detiene su marcha a sabiendas de que nos subiríamos a él.

—Sabe (dijo en voz baja) hay ciertas majaderías en los negros que los hace indignos.

—Prefiero a mil Cristas que a la que me parió.

El comandante aumentó sin consideración el glóbulo ocular de ambos ojos.

—Mi madre me prostituía desde los siete de edad, ¿tenía ese dato? Me extraña, es de dominio en el pueblo. Había un infeliz que compraba mi ropa sucia en seis reales.

—Soy del norte, señora, llegué a estas tierras hace diez años.

—Lo sé. No tiene idea lo que es andar entre borrachos. A los once me sacaron el primer producto, era varón.

Atrás de una columna de mármol, Crista tornaba sus ojos en blanco, en divertida y solaz escucha.

—No tengo palabras para consolarla —dijo el comandante en apuro de último momento.

—No necesito piedad, el agua que bebí ha regresado a la tierra en mil orines. Dígame, ¿qué desea de mí?

—Le decía yo del... general Francisco que...

—El general, una mayúscula de hombre, para sus soldados, tal vez; para mí, una coma.

La tarde plomeaba largos cordeles de anaranjado azafrán en las alturas, nubes extrañas como si de la tierra brotaran y mágicas, ascendieran en apretadas espirales entre azulosas y opacas mientras el sol, al fondo de esa maravilla, formaba dulces batallones a deshoras.

—No tengo duda que el general estuvo, dado que no sabemos de él a la presente fecha, en...

—Al general lo maté.

—¿Me dice?

—Lo envenené. Lo cociné al carbón, con hojas de aroma y salvado.

El comandante no pudo soportar aquel predicamento y supo que, por el resquicio de la plástica, sería mejor concertar.

A la distancia, Crista salió de su escondite marmóreo, riendo en silencio, en apretujado sofoco; el comandante la vio.

—Gracias por el té, Lucita. Que todo le venga bien.

—Llévese mis nubes —dijo Lucita—, a veces Dios las hace por aburrimiento, pero a mí me cansa, con eso de que le da por estar en todas partes...

Al retirarse aquel hombre, Crista llegó ante Lucita tomándose con ambas manos el vuelo lateral de su vestido, holgado en amplio color gris metálico cuyas frondas por el exceso de tela hacían parecer a aquellas damas de los Luises. Y se plantó orgullosa, festiva ante su ama.

—Vaya que has escupido combustible al fuego, me siento segura en ti.

—¿Ya no recuerdas, Crista, lo que me decías del mundo mientras en la cocina freíamos plátanos verdes? Por cierto, ¿cómo osaste dejarme, irte de aquí?

—Era un remedo de lo que nadie ensayaría por mí.

—¿Qué cosas viste en la calle, allá en el mundo?

—Nada comparable a tu imagen.

En los pueblos condenados a lo mínimo siempre será grácil un caballo, una ventolera o ver cómo la sequedad del barro disminuye. Allí los sapos son un crucigrama, una atención por resolver, una libélula donde cabalga el tiempo, florido, a gusto y empecinado en no salir más allá de cien kilómetros.

Para la tarde siguiente (bajo la fronda natural de un árbol plácido perenne como estigma porque los estudiosos los conocen endémicos, y si algún destartalado de memoria los trasplanta, no crecen, mueren como si en su afán le dieran la razón a la ciencia) llegó el sacerdote del lugar no como enviado, no como instigador ni consejero sino como distraída casualidad para abogar por los pobres, según él, y solicitarle a Lucita algún dinero.

Las dos mujeres, al verlo descender del caballo, apresurarse al vuelo de sotana y pasos, terciaron miradas en imitada abnegación de ganchos, cruces de estambre, y fijaron la vista en su labor.

—Lucita, el Señor está contigo —dijo el religioso como en sonrojada pompa de mínimo volumen por atosigado azoro—, he cabalgado ranchos y ejidos, pero quería devenir a ti, a tu casa primero.

—¿Qué les trae a mis lapsos? —dijo Lucita—, aquí solo un cardumen de avivados topos son los que me cosen el alma.

—Niña, ¿podrías darme agua con zumo de limón y azúcar? —dijo el cura.

Y Lucita volteó a ver a Crista, que se levantó con dirección a la cocina sin decir palabra.

Entonces hubo una pausa, un silencio.

—La servidumbre, hasta hace pocos años, era como de la familia; hoy a pesar de su sangre ajena, mueren en el arrebol de su indolencia —dijo el cura volteando a ver, despectivo, hacia donde había salido Crista—, ¿te fijaste que ni saludó siquiera?, no a mí, ¡a Cristo!

—Le pregunté qué lo trae a mi casa, padre. Espere a que ponga en el suelo esta canasta y siéntese en el banco.

—Gracias, me trae un deber. Hija, tu campo tiene luces, es... radiante.

—Padre, escuche: hay dos pobres cohabitando en lo que algunos llaman casa, son un hombre y una mujer, pobres como perros y lo único que tienen es el sexo. Estos dos, lamidos por la desgracia desde que nacieron, en el arrabal están acostumbrados a sus aromas de lástima, pero lo único que los sostiene es la virtud delgada de, al menos, él entrar en su mujer cada que puede y, ella, recibirlo para quedarse a medias del placer. Ya nos les afecta el frío, el calor ni el hambre, entienda que solo son pertinaces en la desnudez y, su alegría que les separa de los demás mamíferos, es tener sexo. De pronto, viene la Iglesia y se mete a ese camastro, justo en medio de los dos...

Crista llegó en ese momento con una bandeja de plata conteniendo un vaso de zumo de limón con agua.

El sacerdote, en silencio y con la boca abierta como queriendo repasar mentalmente lo que acababa de oír, tomó el vaso y apresuró a beber.

—¿La Iglesia, nuestra santa madre dices, metida en un camastro de... pobres?

—De pobres ejemplares, de dos seres a milímetros de monos; desnudos, exhaustos por inanición, con pesadumbre y mendrugos de leña terminada, sin fiestas ni azahares nunca, sin fortalezas de palmadas en sus hombros dadas, jamás, por ninguno.

—Hija, debes conocer que en este mundo, Dios nos dio libre albedrío. La blasfemia pertenece al diablo.

—Usted es un pedazo de metal de púas retorcido, un óxido cercado y sin volumen —dijo Crista.

El sacerdote ya sabía de la conducción de la muchacha, de cómo se decían rumores de ella. Por eso la evitaba y, pocas veces, se presentaba a verla a sabiendas que se expondría a su inveterada percepción de mundo y muerte.

—¿Conoce usted a Josanto de la Vega?

—¿Cómo?

—¿A Manellín Cruz Decommi?

—A Espejuel Rosado —dijo, ya sentada en su sillón de mimbre, Crista.

—Ah, y a Volta del Ruedo, también como los otros, acólito.

—Son como quince —terció Crista, levantando su labor de estambre a la altura de los ojos para volver a tejer y sin mirar al cura— todos entre diez y once años.

El sacerdote guardó silencio. Se levantó, sacudió su sotana y retomó hacia donde había dejado el caballo.

—En los pueblos delgados como el nuestro, alguien que respira de más, es nuestra causa —dijo Lucita, mirando cómo el sacerdote cabalgaba hacia un punto lejano.

—Se ha ido más terso que el almidón de su cuello —dijo Crista—, invítalo a cenar.

—¡Ja!, ya es pan del diablo.





A sí de edulcorada y tenue va la tarde en esas poblaciones maravilla, allá donde la dicotomía del tiempo surte a borbotones un milagro: el del pequeño becerro que se niega a su destete, o al prodigio elástico de la onza, que por su tendón caza murciélagos mientras el siseo temible de las víboras al paso y su veneno, aguarda diletante en su hipodérmica reunión de filo y de calórico pavor.

Para las comunidades apartadas, escuchar cómo los monos aulladores trenzan peleas disímbolas, aparta a la familia, acaso, de su tema y, por momentos breves, les prestan atención a tales fieras. Se comenta en la mesa de cosas vegetales, alambradas de púas y misterios insistentes que constituyen un tesoro sencillo que todos gustan de escuchar sin término.

En una de esas horas palaciegas vino Señor Cataína a dialogar con Lucita que, a su costumbre de igualdad y compromiso, bordaba en el dilecto porche palomitas de arrebol con Crista.

—Buena niña, tus huérfanos nonatos te vigilen —dijo Señor Cataína a sabiendas de que se conocía que Crista odiaba a su madre, que no era casada y que no tenía descendencia alguna.

Lucita, sabedora que la mujer aquella poco salía de su casa, aparte de tener fama de correspondida y fiel, solo levantó la mirada. Fue Crista la que habló.

—Señor Cataína —dijo— es un olán mirarla.

—Trae limonada pura —ordenó Lucita— y siéntese en la mecedora vacía, Señor Cataína; allí mi madre acostumbraba contar a la distancia las vacas.

—Gracias, niña de amor, prefiero estar de pie.

Al poco rato Señor Cataína, puesta la mirada temblona en aquel porte de muchacha aguda, dio inicio a su motivo de esperanza y fe.

Llegaba a verla por una causa común en esos tiempos y en los que, para la humanidad, vendrían: la maltrataba el esposo.

Crista trinchó sin querer uno de sus dedos al escuchar un pasaje de lo más cruel mientras Lucita, con el bordado en regazo, alzó las órbitas como en interrogante, incredulidad, y furia.

El marido de Señó Cataína «la volteaba» dijo, como criatura del monte.

Le pedía que aullara.

Estaba haciendo que una de sus hijas, de once, viera el susto.

Lucita se levantó para abrazar a la mujer quien, llorando, supo que había encontrado acomodo a su desesperación. Le preguntó si había comido ya y las tres pasaron a la mesa.

Lucita ordenó plato de arvejas.

¿Pero qué se hace cuando la persona no puede ni sentarse por dolor?

Y le confesaron lo que habían hecho. De cómo habían caído muchos vergonzantes que no merecen el cielo.

A Señó Cataína se le fue alumbrando el rostro; una mirada de arrebató místico, una mitad de sonrisa le fueron adornando poco a poco y, trémula de nuevo, estrecha de ánimos, apretó las dos manos juntas de Lucita para untarlas a su pecho, para besarlas en complicidad de gratitud y acuerdo.

Salió de la casa con la bendición de la muerte, algo que pocos llegan a experimentar en vida.

Antes de una semana, guiado el cabriolé por una Crista de negro, esta bajó justo en la portada principal del rancho donde vivía Señó Cataína, la abrió, volvió a guiar el cabriolé y volvió a bajar para cerrar la portada del potrero.

La vereda, seca y dolida, levantaba polvo al paso rimbombante del caballo ruano.

—Ohhh —dijo Crista, haló las riendas y se detuvo en la puerta de la casa de dos aguas: Rancho Oreganón. Así era el nombre que le había puesto su anterior dueño, muerto por el

tifo y, sus familiares, huidos en busca de mejor salud, malbarataron todo.

Ayudó Crista a bajar a su ama, quien ya en el suelo tomó por dos orejas el recipiente humeante de pecarí con ajo.

Las dos avanzaron, vestidas de negro, hacia donde ya Señor Cataína, con rostro de ángel de la guardia, les abrió la puerta sin decir palabra.

Varios hijos de Señor Cataína observaron por un momento aquello. Después, fueron conminados por su madre a ocuparse, lejos, de una variedad de asuntos.

—Aquella, Mirándula, es la intermedia, la que su padre obliga a vernos— dijo Señor Cataína, antes de desaparecer del todo los muchachos.

El marido de Señor Cataína no tardaría en llegar de la labor, algo que, en cosa de unos diez minutos, hizo a lomo de caballo al que no le acostumbraba poner silla.

Se escucharon relinchos, palabras altisonantes y, una energía de plomo mal cocido comenzó de manera lenta a resguardar el ambiente.

La puerta de la casa se abrió y, al ver a las tres mujeres sentadas a la mesa, el marido de Señor Cataína dijo una maldición como saludo.

La primera que habló fue Lucita.

—Llegaste de las montañas del sur, Alefo Vizcaíno, venías con tus montaraces padres y una hermana. Se instalaron aquí y aquí se tendieron; casaste con Señor Cataína, tuviste varios hijos...

—¿Y yo a qué debo su sorpresa? —dijo el hombre, que se sentó sin más a la cabeza de la mesa lanzando su sombrero de paja a cualquier lado— porque mi casa nunca supo de usted, todo lo que le conocimos fue cosa del cristal del viento y, ahora, le digo que estoy sin vertical.

—Lo sé, Alefo, jamás pusimos un pie no solo en tu casa sino en la de nadie alguno. Pero resulta que he hecho una promesa: en

mi cumpleaños fui a misa y tuve en cierto sacramento y oración la obnubilada visión de oír a una de las once mil vírgenes.

—Hacer el bien antes de morir— dijo Crista.

—Y para tal he ordenado agregar a mis vecinos mi alma. Cacé un pecarí, lo aderecé con ajo silvestre, te he traído dos piernas.

El hombre, al ver cómo Crista destapaba el guiso, percibió el aroma de inmediato y, sus complacidos ojos, avizoraron una lengua irremediable.

—Me va usted a respetar, pero ¿cómo sabe que el pecarí es uno de mis trances favoritos?, y más al ajo.

—No lo sabía —dijo Lucita, encogiendo un poco sus hombros hacia arriba.

—Obnubilación tal vez —terció Crista.

—¡Cataína, abajo del mueble de cedro hay dos botellas de tinto!

—Debemos irnos, Alefo Vizcaíno, es mi parecer que lo disfrutes.

—¿No me acompañan en esto?

—Rituales de misa, Alefo. Deja que tu mujer nos vaya a despedir al cabriolé y necesito platicar con ella de medicamentos de mujeres.

Para la noche, la familia velaba a gusto a Alefo.





Solo en las novelas ocurren los peores desastres; en la vida, a pesar de que los mortales pueden ser salvos, no hay ciego con mancha.

A tanto era el ir y venir de Lucita, que Crista la sirvienta no tardó en desesperarse: era de bien saberlo pues, a tanto involucrarse así, con lo común de su conciencia blanda, más terrenal y sencilla que la de su férrea ama, su partitura escasa de vida era un gorrión simple de una o dos tonadas.

El grueso alpiste, el caballo de Troya insoportable era definitivamente Lucita, la que le dio, sin Lucita desearlo pues era una niña al mando de sus adultos, el señuelo de existencia a su esclava. Y Crista padeció bajo el poder de su Pilatos, aunque, nunca resignada y mucho divertida (sabía de los cañaverales de traspatio, de las escamas y colmillos dobles ante lo que poco se podía hacer) en ese «no le quedaba más» obtuvo premios y alguno que otro alcance que se llamó alimentos, zapatillas, ropa.

El agua pasaba bajo el puente de Crista como Dios manda cuando está dormido.

Pero comenzó a pesarle, por tanta atrocidad bajo custodia dado que la justicia, aún en pueblos de lo más remoto, hace por conciencia amagos de brillantez en su locura y, un plomo húmedo, un resbaladizo reptil de desierto le comenzó a salir por la nariz una noche.

Se llamaba sueño. Sueño montaraz, sueño de festín de diablos y como altavoces únicamente para ella que le levantaban de la cama a luces, a ciertos apagones de voz donde su nombre, dicho en cavernas llenas de esqueletos y raída sangre en sus paredes, la levantaban en vilo a costa de sudor y angustia.

Puso una cruz en la pared. Y puso otra en la de enfrente a grado de no saber si ahí en su cuarto, una apariencia de capilla convendría

mejor a tantas voces, a los deformes enanos con su cuerno y cola, atropellados unos con el tridente rojo de las estampas que en la iglesia había observado alguna vez en esos libros del cura.

No dijo una palabra a su ama.

Pero Lucita la sintió en sus menores gramos de cabalidad. Le dijo que la percibía —mirándola fijamente o tomándola de la barbilla para atisbar sus ojos— «en un abismo, sola, como llamada por un diablo azul». Crista lo negó todo, argumentó que su abuela le comentaba del sofoco y del ardor postrero de la carne interior que evoca en esas flamas a toda mujer cuando les llega el declive.

—Tú sabrás —dijo por toda respuesta Lucita.

¿Deberse por tantos años así a una persona significa que esa segunda persona se diluye? ¿Cómo, de qué manera sus pensamientos viven en el extravío de no saber quién se es? Sucede a veces.

Pero la primera, augusta en su sapiencia y poder, duerme tranquila dejándole la mancha de su peor arbitrio, los pagarés y las deudas, al que le ha servido porque nunca quiso hacer otra cosa.

Crista empeoró.

¿Qué tenía? Su ama no interrumpió el decadente paso de su esclava.

A Crista le salvaguardaba que, por ahora, las noticias de muerte habían quedado bajo algunos sellos donde, otros lacres, abrían su fenomenal curso natural de vida dando espacios de ilusión tranquila.

Sin embargo, una tarde bajo sombra, Crista sentada en el columpio de la ceiba, apareció a su lado, pertinente y de ropaje negro, el diablo.

Lucita había ido al pueblo. Decidió no llevarla dado el estado lánguido que tanto le mortificaba a su ama.

A Crista no se le movió ni un pelo.

—¿Puedo sentarme? —dijo el del averno que, contra lo que pudiera pensarse, era auténtico, de lo más real, como en muchas ocasiones sucede, pero es de poca monta comentarlo. ¿A quién decirle he visto el mal, cuando se comete a diario?

—Pasaba por aquí —dijo aquel ángel de infortunio.

—Es de negarse —dijo Crista— cuando que tú nunca pasas, siempre estás.

—Tienes... fiebres de hielo. Y noches blancas.

—Mi revés de ojos no te importa.

—¿Conoces que la sangre de los demás me llama mucho?

Crista se levantó de golpe. No soportaba aquel virus.

Y al disponerse a caminar para meterse a la casa, una fuerza sutil volvió a sentarla en el columpio mientras el diablo se levantó para mecerla desde atrás un poco. Ella se dejó, ¿qué podía hacer ante aquél al que le corresponde parte del mundo porque se lo damos?

—¿Y tu ama?

—Ya sabes dónde está. Más, más arriba.

La figura se desvaneció dejando en un vaivén a Crista, que comenzó a llorar lágrimas negras y, del susto a su vestido, corrió a la casa tomándose los vuelos apuradamente.

Más tarde el cabriolé avisó que Lucita, su prenda, llegaba.

Crista había preparado un organdí de cena adornada la mesa con velas gruesas, amarillas y nuevas.

—¿Qué es esto? —preguntó Lucita al entrar.

—Vino el diablo a verme —respondió Crista— me meció en el columpio y preguntó por ti.

—El diablo... ¿qué puede interesarle de nosotras?

—Ante él hemos crecido —dijo Crista— no somos velas de existencia opacas.





VI

Que un sabio salga hoy con su libreta de apuntes a pueblos desolados. Que pregunte y escuche a los ancianos, que escuche. Verá cómo jurarán de la presencia maligna, del que se ríe a carcajadas ante el crucificado.

Y los perturba y visita, se le planta a plena luz del día, insolente y atroz como a las doce.

Se ríe a escondidas a la mitad crecida de las siembras.

Se desnuda en la sequía feroz y corre a toda prisa a la montaña tomándose a dos manos el sombrero gritando atrás del remolino de polvo.

Se embadurna de heces.

Trata de limpiarse el pantalón sacrificando agua para quitar la mancha mientras la becerrita, dulce de almíbar, corre a su madre a pensamientos rígidos sin entender el atentado humano.

Le dirán de un gato que no tiene dueño.

De una mujer golpeada con machete (cómo se mete el diablo, alcoholizado, procaz, bajo la falda de la misma hija para tener un hijo).

¿A quién decirle esto?, ¿qué caso tiene?

«Es él —dirán— no piense usted que nosotros, es él...»

En esos jeroglíficos, con tanta pesadumbre ahora, Crista volvía a contar, bajo la ceiba, a su ama.

—Quiero verlo —dijo Lucita— hablar con él.

—Niña... —fue todo lo que dijo Crista al ver a su ama resuelta, entrar de nuevo a la casa.

Pero no es a pedimento, sino a la acción, que el Enemigo se acerca o cuando se cree ya tenerlo, él ya se fue, satisfecho.

No bastaron aquellarres de dos como tampoco oraciones.

Y Lucita, ante la negación, dejó el asunto en paz.

—Maldito —dijo la última noche de exhorto—, cobarde. Crista, quema las oraciones; este se parece a aquél, que no aparece nunca.

Crista guardó las velas negras, echó al fogón encendido las oraciones y para su desconcierto sintió una leve mejoría interior. Sabía que para Lucita, su ama, no tenía objeto ya la invocación: era posesa.

El fogón ardía.

Las llamas parecían, a cada recibimiento de las oraciones negras, crecer más de lo debido. La mirada de Crista, puesta en lágrimas para aquel ardor, reflejaba por sus ojos una hoguera.

—¡Ibayé, Ibayé! —dijo una voz escuchada solo por la fiel esclava.

Su madre y ella, una niña, la llamaba por su nombre natural.

La requería para echar más ropa ajena a aquella enorme olla donde la suciedad hervía y, con hojas de aroma, limpiar de manera natural la entrega a las personas pudientes que, a cambio de centavos, religiosamente, había que visitar para recoger vestidos.

Muchos pequeños hermanos al desgarrar, si no tanto muertos de hambre sí descalzos y sin padre, distrayéndose con cualquier cosita, escuchando cómo los demás eran porciones de frutas, pan blanco, queso, vino sobre las mesas y ellos miradas.

Al paso del hervir de ropas, cuya temperatura y tiempo eran celosamente resguardados por la mirada y nariz de su progenitora, Crista de vez en cuando le daba vueltas a calzones, pantalones y vestidos con una especie de pala hecha de roble.

En aquel vapor se cocía la nadería de su vida a como, por miles, hombro con hombro histórico, de manera igual era la misma suerte entre centavos e hijos. Crista quedaba con la cuchara a media asta, colgando un pantalón hacia la punta del palo: ¿cómo se vería uno de sus hermanos con aquella tela?

Hasta que la madre, por detrás, llegaba con el azote a la cabeza.

La cena, por ejemplo, era el idéntico rosario de solicitudes, los platos y las manos trémulas que se extendían más allá del pedimento simple.

Gritos, órdenes y llanto en la tolvanera del vivir que les había tocado.

Uno de sus parientes que la llevó después, más grandecita, atrás de la cabaña en el monte, para levantarle falda, tocarla sin miramiento alguno y ella de no saberse feliz o a la solicitud de querer matarlo por instinto.

En aquellos tiempos era normal dejar a los patrones una hija, un hijo, para que ayudasen en los quehaceres de la casa y así, con una boca menos, esta pasaría a la historia con medidas de grasa más robustas y, acaso, con zapatitos usados, una atención o referencia que contenía de siempre, era normal también, la actividad del esclavo, su presencia mínima, su potencial y alcance pues, bañar los perros, vaciar los orinales, ir a dejar una carta hasta otro rancho para no gastar caballos, eran afrentas que nada más los pobres, estando a tono su piel, debían de resolver de la mejor manera. Si sobraba una rebanada de pastel, en un cumpleaños de los amos, era considerado distingo.

Al ser dejada Crista a cargo (la madre moriría después y de sus hermanos, como hormigas, nadie supo), de las primeras cosas que vio fue a una niña de bucles, como de siete años, y Crista le dijo:

—Yo lavo tus calzones de caca.

La de los bucles le dio una cachetada, salió corriendo y a las pocas horas le regaló una muñeca rota de un brazo.

Tenían que hacerse confidentes, amigas de ranas, culebras, diestras de arañas y sapos, audaces sobre las ramas de los árboles y se tumbaban sobre la hierba crecida para mirar el cielo a tramos grandes de risas e imaginaciones. Amigas.

Ibayé no fue más allí. Nació Crista porque así le comenzaron a llamar, dejándola al exclusivo cuidado de la que cortó sus bucles

cuando pudo sostener mirada, voz y puños altos. Crista guardó uno de aquellos en una bolsa transparente de tela.

Amaba a su ama. Aprendió a quererla, a adivinar sus jaquecas mensuales, el por qué de sus latidos en las sienes o la amargura estomacal que le subía a la boca.

Un perro nada tenía qué hacer con ellas.

Y cómplice de la que estuvo a punto de llamarla hermana, la vio crecer casi desde la raíz.

—¡Ibayé! —volvió la voz, y Crista echó al fogón la última de las oraciones.

Los siguientes días, y con Crista más recuperada, Lucita, como una dádiva del cielo en el cabriolé, entraba al Bouquet de las Ánimas, tienda de un extranjero (seguramente huidizo) que diagnosticaba, sosteniendo la palma de la mano de la persona, la suerte y, sobre todo, vendía conjuros de amor.

—Dulces ojos de fiesta erres para mí —dijo el extranjero.

—Deje mis ojos. Tenga mi mano y diga, que no me cansaré de escucharlo.

—¡Ja, ja, jaaa! —expresó el dueño de El Bouquet de las Ánimas—. ¿Es tu esclava?

—Es mi madre y por incesto vine. Apúrese, qué cosas mira en mi mano.

El extranjero guardó silencio, quedó por un momento intrigado ante la blanca y delicada palma de Lucita.

—Es... rroja, tu mano tiene de atrás... rroja.

Lucita retiró su mano como si le hubieran puesto un carbón ardiente. El extranjero volteó a ver a Crista y a Lucita y sin decir palabra, mascullando en su idioma algo indefinible, se fue a la trastienda no sin antes decir:

—¡Te busca, te seguirá buscando porque ya erres suya!; vete de aquí.

Ni bien llegaban las dos a la casa cuando una mujer, sentada en el pórtico, se levantó, angustiada.

—Los supremos ángeles con usted niña— dijo la mujer tomada y temblorosa a dos manos al acercarse Lucita.

—Deje a Dios donde no se le encuentra. ¿Qué me quiere?

—Niña, la señora viuda de Valspiño, ha perdido su alma en un espejo.

—¿Cómo? —intervino Crista.

—No se encuentra ella misma por la oscuridad que le ha hecho un familiar; daño terrible, niña.

—¿Y yo?

—Usted, santísima, niña de cuidado, usted es única.

Por toda respuesta, con enredado mohín de disgusto, Lucita tomó con ambas manos los vuelos de su vestido y sin decir palabra se dispuso a entrar a su casa. A punto estaba de hacerlo cuando escuchó a la señora.

—Un familiar de la señora Valspiño la volteó hacia el techo, desnuda, y mire que guardaba luto por su marido, ni seis meses siquiera y... este hombre...

—Otra moneda de oro —dijo Crista.

—¿Ves cómo se aproxima el diablo? —dijo Lucita, deteniéndose— estas son sus formas más gratuitas, sus regalos que algunos no podemos entender. Luego el mundo dice que seremos huérfanos porque lo deseamos.

—Ave de paz— dijo Crista.





VII

Una de las hijas de la señora Valspiño, entrecortada del alma para su corta edad a sabiendas por lo que su madre había pasado, disponía en la mesita de centro de la modesta casa un oloroso té que Lucita y Crista tomaron sin dejar de ver ni oír a la señora en su tribulación y desgarrado luto.

La hija, contrita en un rincón con la cabeza baja, olía a jabón, aroma que se percibe encima de la fresca edad donde los pensamientos tropiezan en el pelo, las doradas trenzas, la premura de la piel por explotar en manos de otro.

—De preferencia a mí —dijo la señora— y no a esta niña a la que salvó Dios de semejante mal; pero mi esposo, hombre de sana conducta, no tuvo para mí y sus hijos más que solicitudes de cariño. Fue recto y de entrega, niña Lucita, Lucita de mano justa.

—¿Cómo dice eso?

—Entre nosotras... se sabe, niña, se sabe la calidad grandiosa de la merecida muerte. Usted, niña, es de espasmo feroz, calificada por un cielo de vespertinos ángeles.

Lucita dejó de forma delicada la tacita de té sobre la pequeña mesa y volteó a mirar hacia los pavos reales y los perros cuya algazara en el patio dividían la atmósfera.

—Niñita de nosotros. A mi familiar poco le importó mi pena. A mi marido, hace un año, le explotó un bulbo estomacal, se desangró y murió; todos le guardamos luto, yo la primera...

—Y terminó atacándote —dijo Crista.

—Imaginar, hermanas, al perdido entre las llamas de alcohol. Vino con pretextos de color, no vio a mis hijos y, a fuerza de brutalidad... rompió mi estado.

—¿Sabes dónde anda ahora? —dijo Lucita.

—Vive con su mujer. La Ciénaga...

—Ya sé quién es —dijo Crista.

Sin despedirse, Lucita volteando a ver a la hija de la señora Valspiño, salió de la casa. Fue Crista la que se acercó al oído de la cabeza baja de la afligida mujer.

—No seremos nosotras. Será... quien lo mandó a atacarte.





VIII

En La Ciénaga el atacante se dedicaba, a riesgo de caballo montaraz y obtuso, al caracol enaltecido del hocico en cuya espuma de rabia animal, pareciera que los dos eran lo mismo.

No lejos, a la hechura del monte y su cobijo, Lucita y Crista adolecían de sombra, mirando con extensa premura a aquel que dedicado a numerar entre murmullos las vacas, sacó de pronto un rifle para apuntar, directo, hacia el lugar donde las dos mujeres estaban.

—Desde hace un norte de tiempo las observo; las tengo en mi espaldar desde hace mucho. Salgan que a semejantes horas y distancias ninguno más que mi caballo, el suyo en su cabriolé y semejantes vacas, podrán ni en sueños decir de cómo sus vestidos se dispusieron de sangre.

Lucita y Crista salieron con las manos en alto.

—Lucita —dijo el hombre sin bajar el arma—, ¿qué le apetece a mi espalda?





Entonces Dios, con esa carga de blancura y barbas (sandalias hechas a mano en un primor), Dios ejecutivo, de finanzas de agresión, a cada quien su parte, anaranjado y cruel porque no hay testigos de blandura suya, Dios fino de ojos rayaditos como chino en sus extranjerías difíciles de descifrar (sumados sus milenios, sus misterios) pudo haber bajado, volado de palomas solo albas, intachables aves como relojería de Suiza y, bajo la alfombra reverente, saciada de ornamentos como churrigueresca engalanada, porque dicen que viene ya para juzgar a los vivos y a los muertos —¡ay los cuervos sobre calaveras de pasión y polvo grueso!, descomunal locura para los que en nada creen— tomaría, primero, de las orejas a estas dos criaturas y, ninguna de ellas (la otra por reflejo a su ama, dócil y permeable hasta sus carnes más íntimas) halaría un banquito para Él, ya por la edad, y Dios observaría, como primera intención, al campo.

Redondel que Él hizo a clorofila y primor, con su juguito de abejas, incluso flores carnívoras, ladridos de aulladoras fieras tan disímbolas que el día de hoy, botánicos de todo el mundo no catalogan del todo. Y Dios, siempre Dios, cansado y a tos leve, miraría a una de las muchachas de esta historia, la observaría de largo y, cualquiera de ellas, a sabiendas que son como el demonio, ajustaría su falda más abajo, cubriría su pecho, se subiría el escote mirando al techo del cielo de un limpiísimo que ciega, tosería también como cuando se desea apresurar un trago con sabor a trapo.

Por supuesto Dios, que no está para esos trances porque la leyenda dice que para tales dejes tiene secretarías gratuitas, volantes a la salida de sus almacenes (propaganda inútil que se deja

en el primer resquicio), solo por molestar movería su índice, el derecho, y nubes cargadas aflojarían el paso: una lluvia pertinaz, melodramática, fría (así se le conoce en las blasfemias) obedecería instantánea, a grado tal de poder, como ya hemos visto, matar el agua bueyes, destrozarse nidos inocuos, confundir personas, separar familias.

Y Dios, siendo más Él a cada que se pudiera respirar delante suyo, si lo permite (con ese índice paraliza un corazón a grado sumo y nadie en lo absoluto dice nada), haría que las muchachas hablaran.

¿Pero es posible que Dios escuche a alguien?

No.

Probablemente un, tal vez, sea indeciso.

Ni duda cabe.

Ni moscos como arroz tienen lugar.

Dios se repite en sí mismo, como gigantesca rueda móvil en el tiempo, como arabesco repetido, muy distante ya que lo tiene todo.

Le pertenece la Gloria, no la afloja.

Suyo es el tiempo que pensamos nuestro; el corazón de la traicionera amada, suyo es.

Y todo es de nueva cuenta, hábil como siempre ha sido, su desgajada patria que se cae (no se le ve mover un pelo).

Dios escucharía.

—A qué nos miras —diría una de ellas—, si sabes que nuestro temor es solo por el agua fría, que calentamos a carbón y leña.

—De ahí —diría la otra— todo es nuestro, no tuyo.

Dios no hablaría. Se quedaría contemplando el campo, de un verde-gris entristecido; mirando cómo la lluvia intensa que provocó hace poco, arrastraría los áspides, familias hasta la cintura, troncos nuevos y, una rata fenomenal, rata de campo aviesa y a gruñidos, tomaría en sus dientes zarigüeyas empapadas para lanzarlas lejos.

—¿Te complace? —le preguntaría una de las muchachas.

Pero Dios, justo en la muerte, absoluto como un cero, miraría a su izquierda (de donde salió la voz) y volvería la mirada a las alturas para con un guiño resaltar el sol. La calma sería instantánea, como un pantano dócil.

—¿Te complace? —volvería la mujer aquella a preguntar.

Entonces Dios, ¡por fin!, asestaría un mazazo en pleno rostro a la muchacha, furibundo, fuera de sí, y le diría «¡Ya cállate!».





No me apetece nada —diría Lucita— deshazte de cualquier amago dado que somos mujeres y, el caballo que montas, es salvaje.

—Animal de rabia —recalcaría Crista.

El atacante, complacido al ver el caramelo de temor donde su varonía, según él, se ha dado para presumirle a las mujeres, esbozaría una sonrisa sin par, inmaculada y, a carcajada sonora como fierro, abriría la boca para reír a tramos de sofocación entrecerrando los ojos mientras Lucita, acercándose, sacaría de su vestido una pequeña, corta arma letal, para disparar a bocajarro al sujeto que, llevado de los pelos y a sorpresa hasta el infierno (instantáneo a fuerzas, desacomodado pero de lo más íntegro) ni exhalación de dolor, siquiera, dijo.

—El seso le sale por detrás —diría Lucita— y el montaraz caballo, acercándose como si fuera un perro al conocer quién manda, sería por estas dos mujeres desnudado y, sin aparejos ni riendas, lo golpearían una sola vez en las sudadas grupas.

—¡Largo! —dice Lucita—, vete de aquí antes de que te alcance también otro infierno.

Más tarde, ratas, hormigas en el descampado, ante el olor de la sangre, despojarían al cadáver de todo hálito de nervio y carne.





No te muevas —dijo Crista— apenas me da tiempo para oírte y ver cómo resbala el jabón por tu espalda blanca, como dorado portento, como una huidiza ilusión.

—Crista —dijo la niña en la tina de baño—, ¿no me crees entonces lo que te he dicho?, voy a comer gente.

—Sigue en esos libros de tu abuelo, entérate de zumos y venenos, de cortezas, hojas y raíces porque... a lo mejor, un día, cuando ya te cases, todo eso lo podrás necesitar. Listo, levántate, qué endulzada estás, ahora te cargo.

—Crista, te quiero —dijo la niña al ser envuelta en la toalla.

—Nunca como yo a ti, endiablado ángel.

Una alborada de burbujas macilentas, como diminutas pompas fúnebres, quedaron revoloteando sin vigor adentro de la tina.

Desde la puerta a medio abrir, la madre de la hermosa niña veía y escuchaba con agrado aquello. El tiempo les había pasado a las dos como caballo y volantín de circo.

—Bendita vieja —pensó la madre al ver cómo su hija era elevada en asunto de esperada flor, entre las risas de un acomodo feliz.





Advertida en su matraca señuelera sobre el desdén de su mentira misma (sueño proclive, una alcaparra más al rabo encendido para Orishas), Crista la sirvienta, mañana un maremágnum de tejidos, estambres como hielos dulces a sus suaves manos —idénticas a las de su ama, Lucita— quedó fiel a la monserga de esa vida epitelial, centrada y ya no más que, a veces, algunos seres humanos, indivisibles e irónicos, no tienen otro naufragio al que aferrarse.

Una postrada ciencia oculta, una especie de mano tenebrosa, inútil, ciega, es todo lo que a restos queda de esa vida e, incapaz de silbarle a la montaña, abrir una ventana y ver de nuevo muerto al ruiseñor del cuento que a fuerzas les hicieron tragar cuando eran niñas, quedan a esa expectativa silente, álgida de obediencia, impávida y brutal de no ser nadie.

¿Así se vive?

Así, entre bejucos, cocoteros y gallinas reacias al suelo, a las lombrices de sus cocoricos llamados donde, los pollos, una lumbré de futuro en cualquier mesa, acuden con el ansia en pico, en su corazoncito débil a expensas de que las nauyacac más certeras se lancen a todo veneno y, sus mamás, cobardes emplumadas, huyan dejando al indefenso ser en las mandíbulas de apeste como el diablo. Es la vida.

Allí, la lluvia torrencial que deshace en ocasiones sus temporadas mismas de gana regalada y rebelde, incursiona entre los más agrestes trapos mensuales (algunas jovencitas aprovechaban a lavar «tales vergüenzas») y con el agua de lluvia, dulzona, clara, sabían las dos —Crista y Lucita— hacer brebajes de embrujos, satisfacer esa demanda negra que a todo ser humano compete, destruir gratuitamente a la menor provocación del, sin embargo, no te das cuenta, qué me ves o porque sí.

Su fama taladró montañas aceradas de rubor verde; cruzó líneas tucanes de fulgor, de arrobamiento de arroyos prístinos de lo más gentil, aldeas de cumbre donde, comadres alharaquientas y dóciles, sabían de las dos criaturas hechas entidades de castigo y crimen.

Se acercaba, para las dos, otro fragor diferente a la volcánica mansedumbre-estancia en donde el tiempo en los pueblos llega para quedarse sostenido a un árbol, a una garganta de río, crecido a sapos, lagartos y, sobre las lianas de fibra, un león azaroso de montaña, ubique en su banquete asesino madres de monos con todo y cría en los brazos ante la escandalera impávida de los demás, que solo atinan a aullar endemoniados.

Una tarde, en beneplácito divino, nadie sabe, tocaron a la puerta de la mansión y, entre sus dientes, molesta, Crista fue a abrir.

Era un negro como de terciopelo, de ojos tremendamente azules y dentadura blanca, aunque postiza.

—Qué puede querer de quien no le desea —dijo secamente Crista al ver al hombre, flacucho y como de treinta de edad.

—Salud, señora —dijo aquel—, que su cordialidad primera le haga segunda en su alma.

—Deje mi alma en paz, que la tranquilidad es cosa de enfermos y locos. Mi ama no tiene tiempo para sus costuras, hombre.

—Me llamo F...

—De mínimo interés aquí su nombre, le digo. ¿Vende algo acaso?

—Sí. El Paraíso.

El negro era un profeta, tomado a puñetazos donde se paraba; le habían arrancado la dentadura completa en la última incursión a un pueblo al norte donde, por poco, con leñas suaves y endebles, habían confeccionado un tumulto (él, amarrado a un poste verde) y, de no ser por el capataz cacique, hubiera envuelto en llamas su silencio.

Le habían soltado a base de rencor. Solo porque sí la gente le vociferaba, le huía o, desde lejos, le lanzaban guijarros, materia fecal. Todo por su aspecto de negada luz.

Plantas de cuero ligero a modo de zapatos, una larga raída túnica color marrón, nada de ropa interior, barba, bigote y melena hirsutas a grado de escándalo, eran su más callada postal.

Era un bandido, un malhechor, mala leche.

Desde el caballo, el capataz cacique ordenó lo liberaran.

Apararon el fuego y el profeta cayó entre la suave leña, adolorido, sin canto.

—Déjenlo en paz, que siga su camino —fue todo lo que dijo el dueño del lugar y, entumecido el caballo por haber atravesado un pantanal gélido, tomó a su hacienda sin más.

Llevaron al profeta negro a las afueras no sin antes raparlo solo porque sí ya que escupirlo, abofetearle más era otro de los abalorios a su corona triste.

En las afueras, herido y al borde del exabrupto, le dejaron. Era de noche ya.

Uno de aquellos dijo:

—Profeta, un negro, ¡bah!, que preferimos antes cuernos.

Y la barahúnda aquella fue disminuyendo en risas mientras las lumbres de sus enrarecidas antorchas reflejaban adelante el arco penetrable de dorado paso montaraz, abrupto de ellos; hasta los niños habían burlado al profeta quien, al verse solo, con un ojo mínimo gracias a un golpe, continuó su acento, su malograda visita hasta una especie de piedras que no llegaba a cueva y ahí se aposentó, dolido. Una bandada de cuervos, dos relámpagos continuos, iluminaron su suerte y, al voltear a ver en dirección de aquella abrumadora grosería del pueblo, exclamó:

—Morirás por agua.

Luego, y esto nadie lo supo, un tigre de montaña fue a buscar refugio y dio con la oquedad en donde semejante ser de olvido estaba.

El animal rugió. Las pocas luces, heladas y nocturnas, alebrestaron al calce sus colmillos, los primitivos dientes afilados, las zarpas más profanas que un cazador montaraz hubiera visto.

Entonces, el profeta quedó calmo. Miró a la bestia como quien mira a un bebé y, haciéndose a un lado, dominó la piedra y todo material que se encontraba ahí para, en silencio, hacer con la derecha un pase. Entonces la aparición feroz, calma, tranquila, pasó al lugar de invite, necesitaba descansar, estar a buen resguardo pues, la intemperie, le había tomado en vilo.

Y los dos durmieron, plácidos, a salvo.

Dicen que, por la mañana, uno que pasó de lejos vio salir de la oquedad al animal siniestro creyendo que aquel cuerpo humano envuelto en trapos era tan sólo un despojo. A tanto había llegado la credencial terrífica, grosera, de maltratar a un cristiano.

Todo esto dijo a Lucita, que, aterida por las palabras elocuentes del hombre, ordenó a Crista le trajera ropas, pan, comida y agua.

Pocas tardes son de color morado oscuro, magentas que se crecen como lianas en dirección vertical, en rizos de oro como si Dios se escabullera al deber de hacerse el mínimo y resguardarse a pintar, pintar con óleos no terrenos sino celestiales, vivos, dorados de alcanfor y lácteos trazos. En su paleta, Dios y sus pigmentos que le da la gana ofrece de vez en cuando un lienzo como de oración y de premura inocente.

Así observaba ahora aquel profeta, en la mecedora y sosteniendo un vaso de agua de limón, la arquitectura en las nubes, plácida atmósfera que solo muy pocos tienen la capacidad para saber su perfume.

Un silencio natural en la costumbre, contraria al puño en alto de Lucita, hizo que la mujer aguardara por el despojo hermético de aquel sueño.

Respetaba a pie juntillas la mirada, aquella piel oscura y los pies descalzos.

De él emanaba una tranquilidad como de flor.

Río natural en donde la persona mira su venero.

Mientras tanto, Crista, desacostumbrada a aquella manse-dumbre de Lucita su ama, sabía que agradecer, atender, callar, eran ahora primarios. Si la dueña de la casa apaciguaba el alma,

no le correspondía, ante la visita, siquiera un gramo de anís, un rescoldo.

Pares de guacamayas en celo revoloteaban en dirección a sus nidos y el profeta se levantó del sillón mecedor para dejar el vaso encima de la mesita de ébano y bendecir aquel vuelo. Luego, volteando a ver a las mujeres (Crista con la mirada baja) hizo la cruz con los dedos de su derecha y bendijo mientras un rumor, una oración en latín, fue como salmodia breve y en paz.

—No merecemos de ti, siquiera un astro —dijo Lucita— no sabes a lo que nos dedicamos.

—Lo sé; como también conozco que hace poco vino a verte a ti, Crista, el diablo. Hiciste bien en ignorarlo; poca gente lo enfrenta, todos se dejan conducir por él, observemos el mundo, centremos bien nuestra atención, y miraremos su olor, detectaremos su lanza. Pero el cielo, hoy, avisa de otra presencia, nutrida, fuerte, y es nuestra.

—Nosotras...

Lucita no dijo más. El hombre llevó uno de sus dedos a los labios y todo volvió a su sopor.

—Hablares luego —dijo— y tomó al interior de la casa.

A la mañana siguiente, muy temprano —el profeta había dormido en el establo— las dos mujeres como truncadas de algo o ensimismadas de simpatía efervescente de amor, asomaron con bandeja donde había leche y panes al lugar para entregarle a aquel hombre desayuno.

No estaba.

Una paloma blanca reposaba con sus alas extendidas sobre la pequeña ventana del establo y, en un momento, voló para deshacerse a contraluz en fuga. A Crista se le cayó la bandeja y, rodilla en tierra, comenzó a llorar.

Lucita, su ama, hizo una mueca de angustia y regresó a la casa.

—No levantes eso, le pertenece a él, o a las hormigas.

Más tarde, las dos tejían frente a la casa.

Un apacible y retornado humor a cilantro les hizo levantar cabeza.

—Va a llover, y fuerte —dijo Crista.

Recogieron sus bordados, sus tejidos, canastas de mimbre y entraron sin ninguna prisa a la casa.

A lo lejos, un plomo blando que flotaba sobre un horizonte sin término, comenzaba a enfriar más la cuenta del aire, a grado tal que Crista fue por un chal gris y se lo puso encima a su ama, con delicadeza.

—Gracias, Crista —dijo Lucita— me sabes como a tu misma madre.

—No hay deber más junto que saberte en paz, niña. Esta vida tiene la cara cortada y sus pies son un limón bastante agrio; por ahí le escurren lágrimas.

—Escucha... ¿oyes ese rumor?

—Es la lluvia, ha desatado la túnica de cielo a su cintura.

Comenzó a llover despacio para después, poco a poco, caer un aguacero pertinaz que hizo que los animales domésticos se guarecieran donde mejor pudieron.

Las dos mujeres veían, ateridas, desde el interior de la casa cómo el agua desencajaba la tierra y, los borbotones sobre el suelo, desnudaban empalmes ocultos, leves prominencias que bajo el sol habían estado guarecidas hacía años. La lluvia descubría momentos de barro y olvido.

—Allá —señaló Crista— tu muñeca perdida, la de organdí y de seda.

—¿Tú la enterraste?

—Niña, soy incapaz de sepultar tu ternura.

Más de una hora duró el lívido torrente. Su eléctrico pasmo fue dejando de manera lenta y a gotas aquella estancia desmadejada, sucia a la vez y en partes limpia.

—Voy a buscarla.

—Déjala. No vale la pena volver a disfrazar lo que jamás me gustó. Voy a mi recámara, quiero dormir.

Crista asintió en silencio y tomándose los vuelos del vestido con ambas manos, se dispuso a ir a acomodar la cocina colocándose un delantal.

Lavaba algunos trastes y sobre el sopor vespertino más el del vaho reciente de la lluvia, vio por la ventana, a lo lejos, una cabalgadura, un jinete que a galope lento se encaminaba a la casa.

El corazón le dio de golpes en el pecho.

Se armó de valor, secó sus manos sobre el delantal y salió al frente de la casa.

El jinete llegó hasta a ella, pero no la miró, se complacía al ver a su alrededor cómo el agua había sacado de lugar las cosas.

—Maldito seas —dijo Crista.

Y aquella aparición de negro se bajó del caballo.

—¿A qué vienes otra vez?

Sin decir nada, el jinete subió los cuatro escalones de madera y fue hasta la mecedora que estaba en el balcón al frente a la casa y tomó asiento, seguro de sí, como si el mundo fuera suyo y, los cristianos, su apodo.

La mujer avanzó lentamente hasta quedar a un lado de él.

—Supe que vino un... compadre.

—Un hombre santo —dijo Crista.

—No lo es. ¿Sabías que Jesús tuvo a su lado a un asesino como apóstol?

—Lengua de serpiente. Ojalá que ese inmaculado fuera mi padre.

Una risotada larga, fuerte, se dejó escuchar en la estancia al momento que un aroma a azufre fue como un destello de milagro adverso.

—Hija, hija —dijo el diablo— debo confesarte algo y, también decirte que ustedes dos son más, que han perdido el Paraíso.

—¡Lárgate, culebra! —dijo Crista al momento que de su delantal sacaba dos cubiertos y los arrojaba con furia a la entidad maligna.

Los dos cubiertos, un cuchillo y tenedor, cayeron al piso bastantes centímetros antes de llegar al rostro del diablo.

El olor a azufre volvió a percibirse mientras los animales domésticos ahora se habían ausentado del lugar, temerosos y delgados de ojos.

—Escucha, maldito, nada queremos de ti.

—Lo quisieron, muchacha, y se los di. Mira tus manos, anda.

Crista volteó a ver sus manos y estaban rojas, llenas de sangre reseca. La mujer, anonadada, dio un grito de angustia y colocó frente a sus ojos las dos manos temblorosas.

—Sangre de Dios —dijo aquel— sangre verdadera y no como aquella mensual, bastante amarga, por cierto, ya la he probado, jja, ja, jaaa!

Crista bajó ambas manos y apretó los puños.

—Mira, mi caballo, está muerto, falleció hace siglos. Era de un guerrero que empalaba a sus víctimas. ¿Sabes lo que es empalar?, dime...

—Eres la bestia que nadie desea.

—Soy el equilibrio, imagínate. Soy... el que gana siempre.

El diablo se puso de pie y encaminó pocos pasos hasta quedar frente a Crista que, ahora, tenía la cabeza baja.

—Mírame y escucha —dijo colocando sus manos sobre los hombros de aquella.

—Hace algunos años conocí a tu madre, me acosté con ella y...

Crista levantó poco a poco la mirada, ahora llena de lágrimas.

—Y naciste tú.

—La mentira, el engaño es tu red, maldito seas.

—No. Ahora no lo es, hija. Bajo tu pelo, un poco arriba de la nuca hay tres números, los que marqué cuando te llevaron a la iglesia a bautizar, eras recién nacida y no lo hicieron porque antes de vaciarte el agua, la que le dicen bendita, al curita de la comunidad le dio un infarto... hija, nunca fuiste bautizada.

Crista volvió a bajar la mirada porque en efecto, a pesar de ser recién nacida, su corazón le dijo de aquella situación donde el joven sacerdote falleció segundos antes de ser bautizada.

—Te necesito hija, hay unos hombres en Jacarú a los que les vas

a dar veneno. A cambio, tienes mi palabra de que no vendré por tu ama, dejemos las cosas así y que la juzgue Dios.

—Vamos.

Justo en el momento en que aquella cabalgadura, ahora con Cris- ta en ancas, se alejaba, apareció para verlos a distancia Lucita, muerta en impotentes lágrimas.

Luego, puede decirse, oscuridad. Pero no la de sobra conocida sino aquella a la que muchos desafortunados acuden en hilachas; consumidos de todo ánimo y fervor, asoman estas solas criaturas por rendijas perecederas, tristes, para darse un tiro, colgarse de la endeble viga que, en semejantes circunstancias, son de roble macizo momentáneo.

Y los reciben andrajosas manos —dicen— de groseros palpos, de nervaduras que crisan a los más malditos que, en semejante orilla de sal y de distancia, saben que no hay forma: ni de regresar, arrepentirse ni mucho menos perdón.

Todo era cierto.

¡Ay!, oscuro sitio, que la comadrona, el familiar o la amistad viven entonces, solitos.

Un semejante parloteo del Dante, en alaridos de salas saturadas, de calderos, individuos sin ningún valor bajo el ardor del azufre, la miniatura del alma bajo la potestad infame, cruel, Omnipotente, es decir, la Luz les puede ser en esas horas de adversa decisión, terrible.

Y eso es todo.

La otra oscuridad, la verdadera.

Y adiós que no es por el momento, sino eterno.





XIII

Hecha de mármol, de pan para gorriones.

Lucita Ave.
Gloria.
Puerta Altísima.
Lucita nube.
Patriarca de las desheredadas.
Asesina Magnífica.
Santa.
Patrona no delincuente.
Salvadora magnánima.
Araña estelar.
Tul de oro.
Hija favorita.
Ojos de marfil y plata.
Perla del cielo.
Sangre blanca.
Madre de todas nosotras.

En vida no hay santos, y mujeres menos.

Llevadas a la hoguera, cercenados sus ojos o sus senos, ultrajadas a morir, fueron brutales sus días. Hasta la Gloria inmaculada y perenne, el manantial de agua al que pocos llegan a beber.

Hablaba en la casa de aquella siciliana a la que habían cercenado sus senos y que se convirtió en patrona de las mujeres y enfermeras. O de la otra santa, Lucía, patrona de los ciegos en la época donde emperadores romanos hechos furia, persiguieron y torturaron a los primeros cristianos.

—Hubo un hermoso joven, Sebastián, que fue soldado romano y, al descubrir que era cristiano, le pidieron elegir y eligió al Señor; por eso fue flechado, pero no murió, pues lo rescataron sus amigos y volvió a su fe. Lo azotaron entonces hasta morir...

Lucita, de niña, escuchaba anonadada todas aquellas historias de la joven Crista. Se santiguaba y ambas decían una oración.

—Cuéntame del que crucificaron boca abajo.

—Pedro.

—¿Por qué fue así?

—Dijo que no era digno de morir igual que su Señor.

Lucita volvía a persignarse y a orar ante la mirada gratificante de la narradora que, al verla, era como probar una granada roja cuyo jugo dulzón escurre por el alma y perdura.

Lucita tenía en ambas manos un manantial de amor y gusto, siempre una húmeda palabra para aquellas mansas compañeras que, de tantos golpes, solo veían con un ojo, o caminaban con una pierna arrastrando el alma.

Adoloridas, de vestidos pobres, secos, rotos, sabían de la nueva virgen. Y acudían posesas de amor, en busca de una palabra que sanara, una caricia como los animalitos vehementes que hay en casa y que tanto las desean, aquella mano una y otra vez sobre la cabecita, en silencio o pocos lloros; otro conoce tu historia, tu delicado papel en este mundo, otro que se llama como tú, que piensa igual.

¿Qué era matar entonces, colocar en la correspondiente fila al malagradecido, al borracho, enemigo mortal con el que se tiene que dormir a riesgo de perder la vida?

Y los hijos, caricaturas de vecindario pobre, quebradizo, en tan espesas arenas movedizas donde la condena es no salir de ahí jamás y estarse quieto. Hasta que el lodo los trague, aunque, de vez en cuando, gracias a las vitaminas, al aire, un pariente que los quiera a medias porque somos sin querer una carga, un peso, alguno que otro logra destacar y, como chofer, tiene su casita-palomar que son, al fin y al cabo, sus ladrillos.

Se interrumpía el sueño de Lucita desde hacía dos meses en que vio a Crista cabalgar en ancas hacia una noche fétida.

Esa mañana, apergaminada de sol y nubes grises, salió al porche con un cansancio que se evaporó de pronto pues, antes de llegar al mecedor, vio la figura de Crista que, a paso lento, con un envoltorio en las manos, se encaminaba a la casa.

Lucita bajó, incrédula, los peldaños de madera y, en tierra firme, corrió hacia la muchacha que, como un pájaro dolido, quedó a pie firme con la cabeza baja, llorando.

Qué de ternura ha de ser el que de pronto dos brazos ciñan la débil esperanza, la fe que se ha perdido mientras los ojos empañan el amado rostro de la amiga, madre, hermana, y esta, temblando, arregle desbaratados cabellos y bese la frente pálida que se recibe con alegría y amor.

A paso lento, abrazadas, las dos mujeres se encaminaron a la casa.

Ya en la recámara de Lucita, todo un honor, reposada y gentil, Crista era una sonrisa de manzana silvestre, un durazno pequeñito, una cañita dulce de monte. ¿Qué más podía ser o parecer sino un panal montuno con algo de dulzura?

Su piel, ajada, como su vestido roto en partes, eran toda su posesión.

Lucita preparó el baño y desnudó a la muchacha quien, lenta, sin dejarla de mirar, cerró los ojos al acostarse en el agua tibia. Y comenzó a sentir el delicado chorro de la jarra, las manos llenas de jabón, el estropajo, que comenzó a darle sanidad a su cuerpo, hasta el término de aquella labor donde, de pie, recibió la amplia toalla que su ama le colocara en la espalda.

Pocos así. Aquellos que no soportan ver por qué la servidumbre tiene qué comer aparte. Pero los llaman a la mesa y, si los parientes protestan, se van con todo y plato al rincón para comer con ellas; o si deben de comer en la cocina, llevarles alimentos, postres no de las sobras sino de la misma mesa o de su misma bandeja.

La servidumbre toma aquella acción como sagrada, igual si un ángel del cielo se los diera y hasta incapaces son de comer aquella fruta o rebanada de pastel (la guardan).

Crista, con Lucita su ama, caminaron en silencio hacia las barrancas a considerable distancia y a cuyos fondos lucían restos de aguzadas rocas diluidas por los siglos avisando que, en ese seno, un río forjó despeñaderos grises.

Al pie, en contemplación de aquellos maravillosos declives, Crista, tocándose el vientre, volteó a ver a Lucita retirándose un poco.

—Dos meses —dijo.

—¿Dos meses?

—Producto del Maligno.

En ese instante, una tolvanera de sopor sacudió sus vestidos y sin pensarlo más, Crista se lanzó al vacío.





XIV

Yo no conocía tu nombre santo, Altísimo Señor, ahora sé que eres Dios fuerte, Dios grande, Dios Omnipotente, Dios sempiterno. Yo ataba las nubes e impedía cayese la lluvia sobre el haz de la tierra, y la hierba de la tierra se secaba, y los árboles no daban fruto, y las mieses se marchitaban en los campos. Yo pasaba por en medio de un rebaño y las bestias se dispersaban y se perdían. Yo encantaba a un hombre, a una mujer, a un niño, solo con un rayo de mi mirada...

Sola, ante el féretro de Crista, Lucita musitaba la Oración a san Cipriano, aquel considerado padre de los hechiceros, brujas, brujos; practicante de la magia blanca y que a ella le había parecido siempre un santo de gran misterio y poder.

En el alfeizar de las ventanas se posaban cabizbajos azulejos y gorriones, golondrinas al paso que veían hacia el interior de aquella sala improvisada ahora como velatorio.

Grandes escarabajos e iguanas, como en procesión, merodeaban la casa.

Fue solo así, por san Cipriano, que el Mal no entró a ver a su hija tendida y, dando un alarido como frustración, volvió a montar en su caballo muerto y salió a galope del lugar.

Lucita continuó en oración hasta que, ayudada por dos negros de un rancho vecino, sepultó a su amiga, su cómplice, bajo uno de los árboles de naranja agria.

Al término, llegaron en busca de la santa en vida, mujeres humildes y contritas a quienes hizo pasar y les mostró la cruz de flores en donde había estado el ataúd, y señaló hacia la naranja agria.

—Allá está —dijo—, vayan a velar su honor y su desdicha.





Procesiones que, de no prohibirlas Lucita a los quince días, era de asegurar continuarían a deshoras, pues las mujeres se quedaban incluso a dormir a campo abierto, al pie de aquella que las había ayudado. Y rezaban.

Virgen suicida.
Asesina santísima.
Homicida de amor.

Poco a poco, aquellas mujeres con sus hijos pequeños fueron, ante la indiferencia de Lucita, abandonando el lugar y dejaron de ir.

El árbol de naranja agria no lo fue más, se volvió dulce.

Lucita, algunas tardes, de preferencia cuando las nubes pintaban de marrón o de oro, llevaba a costas su sillón mecedor y, a un costado de aquella tumba, se ponía a tejer, a bordar algunas prendas.

—Vino el cura —decía como para sí mientras a etérea distancia, Crista veía y la escuchaba.

—Resposos, dijo, ¡bah!, resposos que ni tú ni yo abrazamos por blanduras; métase sus resposos en las venas, padre, que no le cuento cómo, san Cipriano ayudó a que esta mujer no fuera molestada más por el maligno.

Solo el seco silencio sobre aquella propiedad dejaba sus hilos de viento frágil.

—La querían hacer santa, padre, a como sucede siempre cuando no hay pormenores ni nombres ni justicia sino solo alientos de decires y un rumor que es la espina dorsal de los

que tienen fe. ¿Qué somos, Crista?, ¿hemos perdido de verdad el Paraíso?





Cansada, con su labor de tejido en el regazo, Lucita dejaba el sillón mecedor a la intemperie y regresaba a la casa para darse un baño y dormir, algo que le llegaba puntual, sin remordimiento alguno.

Afuera, Crista volvía a su tumba mientras un ángel miraba aquella especie de ceremonia vespertina solemne y antiguo.

Lucita a veces cambiaba el horario de sus visitas a la sepultura llevando entre sus manos una regadera para, festiva y risueña, rociar de agua aquel túmulo.

—¡Báñate, báñate!

Y reía y bailaba para terminar cayendo a tierra y llorar.

Una mañana, en carruaje de dos caballos, llegó a la casa una Dominga Prettonni, rolliza mujer de una ciudad cercana en busca de ayuda y, cuando Lucita se enteró del motivo, le dijo a la mujer que agarrara un mecedor —ella el suyo— y fueran las dos hasta la naranja dulce.

—Repita por favor, por qué me busca; mi hermana, mi hija, la escuchará también.

La visita abrió la boca como para hablar, pero no dijo nada y solo atinó a mirar aquella tumba simple, aún sin construcción alguna más que la cruz pequeña de madera a la cabeza.

—¿Su... amiga, me dice?

—Mi hija.

—¿Nos escucha?

—Nos mira y la está juzgando a usted.

—Perdone, ningún muerto puede juzgarnos, más que Dios.

—¿Y a nombre de Él quiere usted que yo mate a su marido?

—No.... es que, hay veces, que se hace necesaria una sangre

en las manos; sabe, motivos son demasiados y suficientes. Estoy dispuesta a pagar lo que me pida.

—No. Ya no.... tiene tiempo que hemos vuelto a las costuras; eso de componer el mundo no deja de ser, sabe, conflicto. Mire cómo va la humanidad, muertos en busca de luz, divididos en vida, como falsos profetas de su mísera existencia.

—Pero entonces, deme un nombre, recomiende a quien me quite ese peso de encima.

—Espere hasta el domingo, vaya a misa, pero antes entre al confesionario y dígame al cura que desea dar... el alto precio, para él nada más. Seguro aceptará, y ahora váyase no sin antes regresar el mecedor al lugar donde lo agarró.

La mujer, con la boca abierta, hizo lo que Lucita le ordenó y regresó al carruaje, que se retiró rápidamente del lugar.

Lucita elevó por su cabeza el sillón, y volteó a ver a la tumba para tomar en dirección a la casa.

—¿Ves el mundo Crista?, están de plácemes ajenas, creyendo a fe todo lo que escuchan, así sea en otras lenguas o dialectos.

Un terrón seco de tierra, apergaminado de ocre, se desmoronó en ese instante donde se ubicaba, más abajo, la cabeza de la difunta.





XVII

Los días pasaron al igual que las semanas. A los tres meses, desde una de las ventanas de la casa, muy temprano, Lucita vio como siempre hacía, en dirección al árbol de naranja dulce y de inmediato corrió hasta la tumba.

Estaba abierta.

Alrededor había huellas, pisadas varias. De madrugada se había cometido el sacrilegio.

Sin saber qué hacer montó a caballo y fue al pueblo, a la oficina policial.

—Señorita, primeramente, usted sepultó a una persona en sus terrenos, no en el panteón.

—¡Y eso qué maldita razón es para mí!

—Que usted se hace cargo de todo el orden y efecto del difunto. De todo lo que le pueda ocurrir, señorita. Y acuérdesese que está bajo sospecha porque, además, usted nunca ha querido nada de la policía, nos ha dicho repetidas veces que no le bastamos.

—Y lo sostengo, recuas de infortunio.

Hecha una furia, salió de la comandancia de policía bajo la fría mirada de los elementos que parecían a gusto al enterarse de lo sucedido.

—Ahora sí, cuándo hemos sido huérfanos para ella.

—Somos su lastre, dijo una vez.

—Que se coma su derecho sola.

De nuevo en casa, Lucita fue a la tumba y, en cuclillas, hizo caso omiso de las lágrimas al ver aquella oquedad, vacía y triste. Impotente, no tuvo más que entrar a la casa para sentarse en el porche y ver y ver hacia el lugar que había sido el descanso de su amiga, de su mamá y su hermana.

Al paso de un mes, voces como en oración de hora temprana la despertaron.

Afuera, tres mujeres humildes miraban débiles y desfallecidas el agujero donde habían estado los restos de Crista.

Lucita, en ropa de dormir y pantuflas, se acercó poco a poco a ellas y, en silencio, volteó a mirar también al agujero.

Lucita Ave.
Gloria.
Puerta Altísima.
Lucita nube.
Patriarca de las desheredadas.
Asesina Magnífica.
Santa.
Patrona no delincuente.
Salvadora magnánima.
Araña estelar.
Tul de oro.
Hija favorita.
Ojos de marfil y plata.
Perla del cielo.
Sangre blanca.
Madre de todas nosotras.

Lucita solo les dijo:

—Por favor, no es Lucita, es Crista, Crista.

Crista Ave.
Gloria.
Puerta Altísima.
Crista nube.
Patriarca de las desheredadas.
Asesina Magnífica.
Santa.
Patrona no delincuente.

Salvadora magnánima.
Araña estelar.
Tul de oro.
Hija favorita.
Ojos de marfil y plata.
Perla del cielo.
Sangre blanca.
Madre de todas nosotras.

Lucita entró a la casa y regresó con vasos de naranjada recién hecha para entregarle en silencio a las tres mujeres, y en silencio también, tomaron todo el contenido.

Una de ellas habló:

—Sabemos dónde está.

Antes de dos horas, Lucita bajó de su caballo para ver que, en una cabaña exprofeso, recién hecha de palma, sobre un catafalco estaba perfectamente sellado un monumento fúnebre. Solo mujeres estaban en el lugar, si acaso dos hombres, desperdigados aquí y allá.

Voltearon a mirarla sin dejar de rezar.

Alrededor del catafalco había veladoras encendidas y ramos de flores silvestres.

Lucita Ave.
Gloria.
Puerta Altísima.
Lucita nube.
Patriarca de las desheredadas.
Asesina Magnífica.
Santa.
Patrona no delincuente.
Salvadora magnánima.
Araña estelar.
Tul de oro.
Hija favorita.

Ojos de marfil y plata.
Perla del cielo.
Sangre blanca.
Madre de todas nosotras.

—Por favor, no es Lucita, es Crista, Crista.

Crista Ave.
Gloria.
Puerta Altísima.
Crista nube.
Patriarca de las desheredadas.
Asesina Magnífica.
Santa.
Patrona no delincuente.
Salvadora magnánima.
Araña estelar.
Tul de oro.
Hija favorita.
Ojos de marfil y plata.
Perla del cielo.
Sangre blanca.
Madre de todas nosotras.



Índice

I	9
II	17
III	25
IV	31
V	35
VI	39
VII	45
VIII	47
IX	49
X	53
XI	55
XII	57
XIII	67
XIV	71
XV	73
XVI	75
XVII	77



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





Perder el Paraíso, de Luis A. Chávez Fócil, se terminó de imprimir el 20 de octubre de 2020, en los talleres de Impresionismo de México, S. A. de C. V., calle Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond, Roboto y Cardo. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.

